

## La ciudad subterránea

Cuando en Bilbao no había metro, Mikel Martínez —érase una vez un hombre a una nariz pegado—, actor, paseaba su contrabajo de Patrick Suskind en los cafés de las Siete Calles, en la obra teatral en euskera más representada de todos los tiempos, ante un público de *euskaldunberris* —nuevos vasco-parlantes— y *medieuskaldunberris* que buscaba ansiosamente el Bilbao no de Miguel de Unamuno —«Bilbao hablando vascuence es un contrasentido»—, sino de Gabriel Aresti, poeta que, por *euskaldun*, decía sentirse extraño —¿acaso extranjero?— en su Bilbao. Mikel, gran actor, sigue con el contrabajo auestas, pero también sirve pinchos y vinos en el bar familiar de la plaza Nueva, en la parte vieja, a los turistas que vienen a visitar el lugar donde una vez se trabajaba con el acero y ahora flota el titanio.

Porque recuerdo que en los tiempos en que no había metro, tiempo no muy lejano, los trabajadores de Euskalduna cortaban el puente de Deusto por las mañanas sí y por las tardes también. Tiempos en los que la policía nacional cargaba los días pares sí y los días impares también. Una lucha, creo, a favor del acero y, supongo, en contra del titanio. Ganó el titanio, y se erigió en el mismo lugar donde un día se trabajó con y por el acero.

Bilbao no tenía metro y los aficionados del Athletic post-Clemente que vendió a Zubizarreta y luchaba por la permanencia, se acercaban a San Mamés a pie, en manifestación,



SANTIGO YANIZ

“Sirve pinchos y vinos en el bar familiar de la plaza Nueva a los turistas que vienen a visitar el lugar donde una vez se trabajaba con el acero y ahora flota el titanio”

via calle Licenciado Poza. Hoy la manifestación es subterránea, los vagones se visten de rojiblanco y, más acorde con la nueva imagen de la ciudad, el Athletic del centenario, que ni vende a Guerrero ni se juega la permanencia, compite con los mejores en la *Champions League*. ¡Qué feliz idea la de aquellos fundadores del Athletic, que lo hicieron justo cien años antes de la inauguración del símbolo del nuevo Bilbao!

### LAS SIETE CALLES

Tampoco había metro cuando, una docena de años antes, en los 70, llegué de París a Bilbao para enredarme en las Siete Calles —calle Pelota primero, Bidebarrieta después— y dirigir el semanario *Anaitasuna*, por entonces casi el único medio que se atrevía a buscarle las cosquillas al franquismo, con la indudable venta-

ja de publicar las noticias en un idioma desconocido para los censores. Compartía trabajo y compartía Bilbao, entre otros, con Xabier Gereño, el escritor más prolífico de la literatura vasca —más de 70 libros, entre novelas y obras de teatro— que sigue escribiendo y publicando, ahora desde su residencia para la tercera edad en Deusto, y Xabier Kintana, prometedor escritor y lingüista entonces, ilustre miembro de la Academia de la Lengua Vasca hoy.

No había metro y en el ascensor a Begoña el cobrador que no paraba de fumar en el zulo de tres metros cuadrados te pedía 11 pesetas por el trayecto que subía y bajaba. Bajar o subir las miles de

escaleras de Mallona podía ser incluso más caro, porque los “piesnegros”, siempre atentos en la plaza de Miguel de Unamuno —también plaza de Txabi Etxebarrieta—, te saludaban con un «¿tienes unos duros sueltos?». Hoy no sé si hay “piesnegros” —seguro que sí— ni si al ascensorista le siguen permitiendo que fume, fume y fume —seguro que no.

Dicen que los parisinos se asoman a París sólo cuando a los trabajadores del metro les da por ir a la huelga. Se asoman y buscan al turista para preguntarle por favor cómo se va de Montparnasse a *rue Vaugirard*. En Bilbao, como en París, hay metro. ☺

JUAN MARI TORREALDAI